HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

febrero 1973. barcelona

CUADERNOS COMUNISTAS * nº8

El impacto de la revolución bolchevique en el movimiento obrero español produjo una grave crisis en las tendencias que en él predominaban (socialdemocràcia y anarcosindicalismo), y significó la aparición de una organización revolucionaria marxista dispuesta a llevar una línea proletaria, siguiendo la experiencia del partido bolchevique. Dentro del partido socialista obrero español (PSOE) surgieron una serie de núcleos revolucionarios entre los cuadros más activos de la base (juventudes, mineros metalúrgicos de Vizcaya, cuadros medios de la UGT), que se enfrentaron con la dirección reformista en una serie de congresos extraordinarios del partido. Finalmente los revolucionarios marxistas, ante la actitud sectaria y revisionista del aparato burocrático del PSOE, abandonaron las filas de la socialdemocrácia (juventudes en abril de 1.920 y cuadros del partido en abril de 1.921). Esta era la única solución política correcta. Permanecer en el PSOE y formar dentro de él una fracción revolucionaria, que se impusiera a la dirección reformista, era una actitud ilusa, porque ignoraba el carácter extremadamente burocrático del socialismo español (falta total de democrácia interna, nula formación marxista de la mayoría de militantes y dirigentes, "consignismo", control absoluto por parte de la dirección reformista de todo el aparato de propaganda), y porque negaba la necesidad que tenemos los comunistas de una organización política propia, para elaborar una política autónoma sobre la base del marxismo-leninismo y la línea de masas. Al mismo tiempo, como se trataba de cuadros con gran experiencia política, de los revolucionarios más conscientes, de los más insertos en el trabajo de masas, no se iba a crear un grupúsculo izquierdista, sino una organización que, aunque reducida, tendría gran experiencia en la lucha de clases y capacidad de llevar la iniciativa política en las luchas del proletariado español.

Así, en noviembre de 1.921, tras la fusión de ambos grupos revolucionarios (juventudes y cuadros obreros), nació el Partido comunista de España (PCE), que contaba entonces con unos 5.000 militantes (el PSOE no tenía, tras la escisión, más de 7.000), con inciativa en importantes sindicatos obreros de la UGT (minero metalúrgico de Vizcaya).

Siguiendo las consignas del 3º congreso del Komintern, la táctica de los comunistas no fue escisionista en el terreno sindical, sino que lucharon por mantener unida la UGT, sobre todo, en el período de agudización de la lucha de clases de 1.922 y 1.923. Se hizo unidad de acción con las organizaciones de masas controladas por los socialistas, e incluso, con las anarcosindicalistas (CNT). Era una alianza táctica de la clase obrera de cara a resarcir la ofensiva del capital y del Estado. El papel que desempeñaron en ella los comunistas, fue fundamental al conseguir unidad de acción en la base en las grandes huelgas de Vizcaya de 1.922 y 1.923.

La actitud sectaria de los burócrtas del PSOE impidió la construcción de un verdadero Frente único proletario, ya que esto hubiera significado en corto plazo desenmascarar el carácter reformista y conciliador de los dirigentes del socialismo español ante las masas proletarias que aún los seguían.

También dentro del movimiento anarcosindicalista aparecieron grupos de revolucionarios marxistas, organizados a partir de 1.922 con un organo de expresión propio, en los Comités sindicalistas revolucionarios, la revista La Batalla. Estos revolucionarios realizaron en el interior de la CNT un importante trabajo de masas en los momentos difíciles de la agudización de la lucha de clases en Cataluña (etapa del pistorelismo), y lograron llevar la iniciativa en importantes organizaciones de masas de Barcelona (sindicato -

aunque la oposición de anarquistas y anarcosindicalistas les impidiera consolidar sus posiciones. Estos revolucionarios de Cataluña ingresaron en el partido en 1.924 y constituyeron dentro de él la Federación comunista catalano-balear - (FCCB).

LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA Y LA CRISIS DEL PARTIDO COMUNISTA.

El golpe de estado militar sorprendió al partido en una fase de crecimiento, de inicio de organización de las masas y, sobre todo, desprovisto de unos - cuadros políticos con formación teórica marxista. Una de las características - principales del partido será la escasa formación de los dirigentes, carencia muy grave en momentos en que la situación exigía una gran claridad estratégica y táctica. Esto explicará que durante la Dictadura militar los dirigentes del partido sólo superasen el empirismo a base de aplicar mecanicamente las directrices - del Komintern. La línea de la Internacional comunista será aplicada por el partido al pie de la letra, sin un mínimo de reflexión, sin asimilar lo que tenía de orientadora y sin realizar un análisis concreto del momento de la lucha de - clases en España.

Con la Dictadura, el PCE fué aislándose progresivamente de las masas; la - represión policíaca y la expulsión de los comunistas de la UGT (maniobra organizada por la dirección reformistas del PSOE) dificultaron en gran manera la unidad de acción del proletariado. El oportunismo y colaboracionismo del socialismo español con el régimen dictatorial facilitaron el acoso y persecución de los militantes revolucionarios, de los comunistas, por las fuerzas represivas y, en último extremo su progresivo aislamiento de las masas. Las distintas agrupaciones regionales y locales, desaparecidas casi las relaciones con la dirección (- cinco equipos distintos de dirigentes fueron detenidos durante la Dictadura), empezaron a actuar de un modo autónomo, con lo que se acentuó la disparidad táctica y la disgregación de los militantes: mientras en Vizcaya se utilizaban métodos terroristas, en Cataluña se intentaba controlar el aparato clandestino de - la CNT y se realizaban acciones conjuntas con republicanos, nacionalistas antimonárquicos.

Pese a la incorporación de importantes cuadros obreros de la CNT (el grupo de Sevilla dirigido por Adame, Díaz y Mije), el partido fue convirtiéndose en - una organización dispersa, cada vez más reducida por la represión, falta de claridad política y con muy escasa inserción entre las masas. Esta grave crisis político-organizativa coincidió con el cambio general de táctica del Komintern. En el 6º congreso (julio-septiembre 1.928) se aprobó la tesis catastrófica del fin inminente del capitalismo, y se lanzó la consigna general de ataque a la socialdemocracia, calificada ya de "socialfascista". Los partidos socialistas pasaban así a ser considerados "el principal enemigo del proletariado", ya que era un enemigo en el interior de la clase obrera. En lo que concierne a la política de alianzas, la nueva táctica de "clase contra clase" significaba el abandono total del Frente único proletario propugnado por Lenin y la dirección de la Internacional en las condiciones de agudización de la lucha de clases de principios de los años 20, y la propuesta del <u>Frente único revolucionario</u>, en el que no podían participar los "socialfascistas". Para el partido este cambio significaba un peligroso viraje a la izquierda, que no haría más que agravar la difícil situación en que se encontraba y consumar su marginación de las masas. De este - modo el PSOE pasaba a ser el enemigo principal: como decía la dirección del Komintern, su destrucción era la premisa imprescindible para realizar la revolución proletaria.

La aplicación a rajatabla de esta táctica fue el resultado de la debilidad política de la dirección del PCE; pero la descarada colaboración del PSOE con la Dictadura de Primo de Rivera facilitó la justificación subjetiva de semejante táctica, además de ser un obstáculo de envergadura de cara a llevar cualquier tipo de unidad de acción por la base.

Los dirigentes del Partido apreciaban erróneamente las tareas del proletariado en la revolución española en un intento forzado de justificar la "corrección" de la táctica izquierdista y sectaria del Komintern. Para el PC en España se estaba gestando una revolución democrático-burguesa ante la cual la clase obrera, dirigida por los comunistas, debía ir por su propia vía hacia la revolución con la formación de un gobierno obrero y campesino, que concluiría las tareas de la revolución democrática y abriría paso a la construcción del socialismo (tesis aprobada en el 3º congreso del PCE, París agosto 1.929). Esta línea izquierdista fue reafirmada incluso después de la caída de la dictadura de Primo de Rivera (conferencia de "pamplona", marzo 1930), cuando el rey, en un intento desesperado, pretendía salvar la monarquía ante el cada vez más poderoso movimiento republicano. Sin embargo el partido no apreció esta nueva situación política (crisis de la forma monárquica de Estado, repliegue táctico del bloque dominante, auge del movimiento popular democrático) y tán sólo decidió participar en las luchas antimonárquicas con el objetivo, utópico en verdad, de desplazar a los grupos republicanos pequeño-burgueses de la dirección del movimiento democrático y conducir a las masas hacía una revolución proletaria. El partido no se planteaba, para realizar esta tarea, ningún tipo de acuerdo táctico con las fuerzas antimonárquicas, sino que lanzaba de un modo simplista la consigna de la lucha directa por la toma del poder. Esta actitud izquierdista culminó con la decisión de la dirección del P.C. de emprender la reorganización del movimiento sindical al margen de la UGT (controlada por los socialistas), a partir de un Comité de reconstrucción de la CNT, del que sólo podían formar parte los comunistas. De este modo los comunistas quedaron al margen de las dos grandes centrales sindicales.

Así, en 1.930, el partido se había convertido en un grupúsculo izquierdista, desvinculado de las masas, que identificaba la crisis de la monarquía española con la de todo el capitalismo, para así justificar su izquierdismo; un grupúsculo que, con su táctica escisionista en el terreno sindical, no hacía más que reafirmar su total incomprensión del momento de la lucha de clases (necesidad de la unión del proletariado) un grupúsculo con unos dirigentes incapaces de llevar una línea política adecuada a la nueva correlacción de fuerzas, que no comprendían el carácter democrático del movimiento antimonarquico; un grupúsculo que se autodefinía como el partido dirigente de las masas hacia la revolución, que se consideraba como él organo de la clase obrera, el símbolo de la pureza proletaria, y tan sólo contaba con un millar de militantes aislados de las masas.

Por último, la influencia del Komintern, ya en plena etapa de izquierdismo verbal, contribuye a acentuar el izquierdismo del PCE, a aislarlo de las masas.

La crisis del partido quedó reflejada en la pugna entre la dirección (residente en París) y la Federación Comunistas Catalona-Balear. Buena parte de los comunistas de Cataluña, dirigidos por Maurin, criticaron duramente la línea comunista del partido en los siguientes aspectos:

- El carácter de la revolución española: la FCCB vió el carácter democrático del movimiento antimonárquico y era partidaria de un acuerdo con estas fuerzas, ya que la resolución de la contradicción principal pasaba, en primer lugar, por la destrucción del estado de la monarquía.

- Política sindical: la FCCB se oponía al escisionismo sindical y consideraba que en momentos de crisis y desorganización del movimiento obrero era imprescindible la unidad de acción proletaria. Los comunistas, según la FCCB, debían actuar dentro de las organizaciones de masas, sobre todo de la CNT, e intentar llevar la iniciativa política dentro de ellas ante el peligro que significaría el que se dejase el campo libre a los anarcosindicalistas. Los comunistas eran los únicos que podían asegurar la construcción de un movimiento obrero fuerte y autónomo de cara a la alianza táctica con los republicanos.
- Burocraticismo de la dirección: la FCCB acusaba a la dirección de desconocer la situación, tanto de la lucha de clases en el país, como del partido, y de utilizar métodos no comunistas para imponer unas consignas sectarias. Al mismo tiempo, señalaba la necesidad de una real autonomía frente al consignismo del Komintern, aunque sin llegar a atacar a la Internacional comunista.
- Incomprensión del problema nacional: según la FCCB, la dirección del PC tenía una incomprensión absoluta sobre la importancia democrática del movimiento nacionalista de Cataluña, Euskadi y Galicia, y dejaba en manos de los grupos políticos pequeño-burgueses esta reivindicación popular.

A partir de estas críticas, correctas en líneas generales, la pugna entre la dirección y la FCCB desembocó en una crisis que, como consecuencia del sectarismo de ambos (el grupo de Maurín se negó a aceptar el arbitraje de un delegado del Komintern) finalizó con la expulsión de la FCCB del partido. En noviembre de 1930 la FCCB se fusionó con el Partit comunista català, grupo nacionalista, independiente del Komintern, y así se formó el Bloc obrer i camperol (BOC). De este modo la vanguardia del proletariado sufría una nueva división en unos momentos en que era de capital importancia la existencia de un partido comunista unido, fuerte e inserto en el movimiento de las masas. El BOC participó en las luchas antimonárquicas en Cataluña en favor de una revolución democrática, aunque de un modo seguidista y oportunista con respecto a los grupos nacionalistas pequeño-burgueses, sin pugnar por conseguir la iniciativa proletaria dentro del movimiento popular.

Por otro lado, el PC, si bien a última hora participó en las huelgas antimonárquicas de noviembre-diciembre de 1930, lo hizo bajo la sectaria consigna de "el proletariado debe luchar por sí mismo", con lo que dificultaba la unidad del movimiento obrero y popular. Esta posición traducía el ambiguo izquierdismo del PC, en el que se mezclaban actitudes sectarias y ultrarrevolucionarias con una política electoralista (Nota nº 1).

El Partido se presentó a las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 con un programa revolucionario de "cara al inminente establecimiento de un gobierno obrero y campesino", formando una candidatura única, "consciente de su papel de dirigente del proletariado". Cuando dos días después trás el total triunfo de las candidaturas republicanas se proclamó la República, se puso en evidencia la total incomprensión política de los dirigentes del PC que lanzaron la infantil consigna de "!Abajo la República burguesa! !Viva los soviets!".

El propio Komintern, que de un modo simplista había calificado la situación política española de 1930 de "poco importante para la lucha de clases", ya que la inexistencia de un partido comunista fuerte y de un proletariado estable hacía poco problable un cambio revolucionario, criticó duramente los planteamientos que hacía el PCE sobre el significado de la proclamación de la República. En una carta enviada a la dirección del partido en mayo de 1931 el Komintern censuró la actitud sectaria del PCE en la proclamación de la República, su incomprensión del problema de las nacionalidades y su ambiguedad con respecto al problema sindical. Sin embargo, las consignas de la Internacional comunista poco podían servir al PC, puesto, que apenas alteraban la línea política general.

Según el Komintern, el PCE debía esforzarse en apoyar al régimen republicano, aunque sin contraer ningún tipo de alianza o pacto, y desarrollar una política de cara a la creación de soviets de obreros, campesinos y soldados, que constituyesen la fuerza motriz de la revolución democrática y, posteriormente, de la socialista.

De este modo, el Komintern no sólo no ayudaba al partido a corregir sus errores, sino que introducía más elementos de confusión, como los exóticos soviets; trasladaba mecánicamente la experiencia de la revolución rusa de 1917 a la situación española de 1931. El oportunismo del partido en 1931 venía muy condicionado por su escasa participación en las luchas antimonárquicas, por su aislamiento de las masas y por el oportunismo del Komintern. A su vez, la línea del PC perpetuaba esta situación.

LOS COMUNISTAS DURANTE LA REPUBLICA. DEL "IZQUIERDISMO" AL FRENTE POPULAR.

Meses después de la proclamación de la Repúvlica se acentuó el enfrentamiento entre la dirección del partido y el Komintern. Este último acusó al equipo dirigente (Bullejos, Adame, Trilla, Vega) de no comprender el verdadero carácter de la revolución española (primera etapa de la fase democrático-burguesa), y de no ver que el papel de los comunistas debía ser el de apoyar al régimen republicano, pero sin pactar. Para el Komintern, la dirección del partido había adoptado una política sectaria que dificultaba la construcción del Frente único revolucionario.

A fines de 1932 el equipo dirigente del partido fue destituido de sus cargos y, posteriormente, expulsado. La nueva dirección estaba formada por jovenes cuadros obreros (Diaz, Hernández, Mije, Ibárruri) con gran experiencia de la lucha en la base, pero de muy escasa formación teórica. El cambio en la dirección del partido, provocado y llevado a cabo por el Komintern, no tenía más carácter que el de un relevo burocrático. Si bien las críticas al grupo Bullejos habían sido duras, éste no había hecho más que llevar hasta sus últimas consecuencias las consignas del Komintern, aunque, eso sí, de un modo personalista y sectario (gran parte de la responsabilidad de la escinsión de la FCCB es del grupo Bullejos).

El partido continuó bajo la tutela ideológica de importantes dirigentes del Komintern (Togliatti, Marty, Codovila) que fueron quienes elaboraron los planteamientos estratégicos del comunismo español y la táctica a seguir. El cambio de dirección apenas afectó a la línea política, ya que no se trataba de una pugna entre dos líneas realmente distintas. La dependencia de la dirección del partido de las consignas del Komintern aumentó de modo considerable y dificultó la elaboración de una línea política adecuada a la real situación del país.

De todas formas, las libertades políticas del régimen republicano ofrecían al partido la posibilidad de poder actuar a la luz del día por primera vez en su historia y así poder desarrollarse y comenzar a implantarse entre las masas, a pesar de sus apreciaciones políticas incorrectas. La mayor actividad del partido se noto en el campo, donde fomentaron la construcción de comites campesinos MUCHAS VECES EN UNIDAD DE ACCION CON ANARCOSINDICALISTAS. Sin embargo, estas organizaciones eran más unos núcleos de agitadores, con una orientación realmente izquierdista, putschista, que unas verdaderas organizaciones de masas que impul

saran un programa reivindicativo claro. En Junio de 1932, aún bajo la dirección de Bullejos, el partido había llevado hasta sus últimas consecuencias la consigna escisionista del Komintern, al construir su propia central sindical, la Confederación general del trabajo unitaria (CGTU), que agrupaba a poco más de 50.000 trabajadores frente a más de un millón de la UGT y otro tanto de la CNT.

La política "izquierdista" continuó vigente en el partido, que en las elecciones generales de noviembre de 1933 presentó un programa basado en el Frente único revolucionario para luchar contra el gobierno republicano, contra los partidos burgueses y contra la socialdemocracia, a la que calificaba de "organizadora de la contrarrevolución". La consigna de luchar por la España de los soviets y por el gobierno obrero y campesino continuaba tan vigente como en 1.931; los planteamientos generales del partido no habían variado en absoluto. Persistían los errores "izquierdistas" y tán sólo se habían adecuado un tanto la táctica político-organizativa a la situación real del país. A principios de 1933 el PC había iniciado una campaña tendente a la mejor implantación de los comunistas en el movimiento obrero, con la creación de comités de fábrica, que debían complementar las actividades de las células de calle y barriada y de los comites campesinos, únicos niveles en los que estaban encuadrados los militantes. Pero los errores "izquierdistas" traducidos a nivel organizativo daban lugar a unos comités de fábrica que no eran organizaciones de masas, en las que los comunistas llevaran la iniciativa en la lucha reivindicativa y política, sino núcleos de militantes que no realizaban apenas trabajo de masas; en realidad eran células, aunque con poca capacidad de dirección y movilización. Pese a esto, el número de militantes creció de modo considerable; a mediados de 1933 contaba con unos 20000 de ellos la mitad de Andalucía. En las elecciones de noviembre de 1933 las candidaturas comunistas obtuvieron unos 150.000 votos y superaron a los socialistas en las ciudades de Sevilla y Malaga. Sin embargo, estos votos tan sólo representaba el 2% de los sufragios emitidos y estaban muy por debajo del 1700.000 que había obtenido el PSOE. Los comunistas no sólo no tenían aún gran implantación entre las masas, sino que estaban en una situación de franca inferioridad respecto a la socialdemocracia entre el proletariado. Los errores "izquierdistas" alejaban al PC de las masas, con lo cual se prolongaba la falta de educación política de la mayor parte del proletariado combativo.

LAS ALIANZAS OBRERAS.

Los militantes del BOC, desde la proclamación de la República, habían pretendido imponerse en el seno de la CNT, pero esta política sindical fracasó a causa de la feróz oposición de los anarquistas (FAI), que lograron expulsarlos de la central sindical en abril de 1932. El BOC constituyó un grupo de sindicatos expulsados de la CNT e intentó realizar acciones conjuntas con la tendencia sindicalista (Pestaña-Peiró) en minoría dentro de la CNT.

En oposición al "izquierdismo" del PCE, el BOC impulsó la creación del Frente único proletario en España, trabajo que se vería culminado con la constitución de las Alianzas Obreras. Por otra parte, fracasados los intentos de atraerse a los sindicalistas, el BOC inició una cierta colaboración con el PSOE, en especial con si tendencia izquierdista (Largo Caballero) que empezaba a manifestarse a fines de 1.933. Este acercamiento motivó la polémica entre Maurin, dirigente del BOC y Santiago Carrillo, secretario de las Juventudes socialistas, en la que éste último proponía el ingreso del BOC en el PSOE para crear una fuerte fraccion izquierdista que desalojara a los reformistas de la dirección, mientras que Maurín proponía un partido revolucionario marxista al margen del PSOE y del PCE.

A principios de 1934 la línea "izquiedista" del partido no se había alterado apenas, como queda reflejado en la crítica sectaria que hizo a las Alianzas Obreras, constituidas por iniciativa del BOC, y de las que formaba parte socialistas, sindicalistas y, en Asturias, los anarcosindicalistas. El PC no comprendió que las Alianzas Obreras habían surgido como una necesidad de la clase obrera para resistir la ofensiva reaccionaria del gobierno derechista (las derechas y el centro habían ganado las elecciones de 1933) y que en un momento de extremo agudización de la lucha de clases se daban precisamente las condiciones para su aparición. A este verdadero intento de construir en España un Frente único proletario el partido oponía el sectario Frente único revolucionario, del que no podían formar parte los socialistas.

Cuando meses después el Komintern empezó a variar la táctica ante la expansión del fascismo y el fracaso total de la línea "izquierdista" el partido ingresó en las Alianzas Obreras y, junto con los socialistas, los anarcosindicalistas y otros revolucionarios, participó activamente en la insurrección asturiana de Octubre de 1934. En Asturias se constituyó un verdadero Frente proletario en el que los acuerdos políticos entre los grupos se basaban en un gran impulso unitario en la base, y, a su vez lo consolidaban.

EL FRENTE POPULAR ANTIFASCISTA Y LAS TESIS DE DIMITROV.

El PCE comprendió finalmente la necesidad de superar el "izquiedismo" liquidacionista y de luchar por la unión de la clase obrera en un momento de ofensiva del bloque dominante a través de su Estado. Pero fué en realidad el cambio general de la política del Komintern, que comenzó a manifestarse en la primavera de 1934, y que culminó en el 7º congreso (julio 1935) lo que hizo variar los planteamientos generales del partido, la política de alianzas, el carácter de la etapa de la lucha de clases, etc.

La represión llevada a cabo por el gobierno radical-cedista tras la insurrección de octubre de 1934, y el cambio general de la táctica del Komintern hacia la construcción de Frentes Populares, dió al partido una visión mucho más real de la situación política española y lo convirtió en principal propagandista de la constitución de un amplio movimiento antifascista. Las tesis de Dimitrov, aprobadas en el 7º congreso, significaban una corrección de los errores del partido anterior, que sólo fueron apreciados por los dirigentes del Komintern después del desastre de Alemania. Había llegado el momento, según Dimitrov, de "movilizar a las masas trabajadoras para la lucha contra el fascismo, y realizar una tarea particularmente importante consistente en crear un vasto Frente popular antifascista sobre la base del Frente único proletario." Tres observaciones deben señalarse sobre las tesis de Dimitrov por su especial importancia para el caso español, ya que la interpretación que de ellas hizo el PCE condicionará en gran manera su línea política.

- Para Dimitrov la base real del fascismo son los elementos más reaccionarios, chauvinistas e imperialistas del capital financiero. Lo que significará que dentro del Frente popular antifascista (FPA) deben participar amplios sectores de la burguesía. La aplicación de esta tesis en España se traducirá en que, para el partido, tan sólo la oligarquía financiera y terrateniente constituye la base real del fascismo, junto con algunos sectores del aparato estatal (ejército) yla Iglesia. Esto tiene dos consecuencias: primero, una ampliación del campo antifascista hasta la mayoría de la burguesía no monopolista; segundo, la confusión constante del fascismo con el retorno al dominio de grupos reaccionarios, cuya base social está anclada en los residuos precapitalistas y en la explotación agraria familiar.

- Si bien Dimitrov afirma que el Frente popular debe ser fundado sobre la base del Frente único proletario, lo cual aseguraría en teoría, la autonomía del proletariado y su dirección del movimiento antifascista, en la práctica, el Komintern dará mucha mayor importancia al Frente Popular, con lo que éste pasará a - dirigir el Frente único proletario. Esto es, se dará prioridad a la constitución de un sólido Frente popular, a la alianza con los grupos burgueses y pequeno burgueses, antes que a la constitución del frente proletario. Así, el Frente popular quedará limitado a una política de alianzas esencialmente en el terreno de los partidos políticos, alianzas por arriba, sin que se constituyan nuevas - organizaciones en la base que agrupen al movimiento obrero y popular antifascista. La experiencia del Frente popular francés, en la que todo el movimiento se limitó a un acuerdo electoral para frenar a la derecha reaccionaria y cuyos únicos resultados fueron una serie de mejoras laborales para la clase obrera, lleva a sus últimas consecuencias los errores contenidos ya en la misma formulación de las tesis de Dimitrov, pero también indica la descomposición del PC francés en su irresistible transformación en partido revisionista de nuevo tipo.

- Como consecuencia de las tesis de Dimitrov se dará muy escasa importancia al trabajo de masas entre las clases populares y la pequeña burguesía. El partido apenas sí intentará atraerse a estas capas hacia organizaciones de masas antifascistas, hacia un movimiento popular que, dirigido por los comunistas e impulsado por el Frente proletario, fuera la componente principal del Frente popular. El partido no se planteó la necesidad de construir comités de Frente popular en los pueblos y ciudades, comités, que a partir de la unidad de acción en la base darían a la clase obrera la hegemonía, la iniciativa política en el Frente popular. Sin embargo, el partido hizo gala de un obrerismo bien patente hasta los inicios de la guerra civil, para luego realizar un apresurado, y en algunos casos oportunista, acercamiento hacia sectores de la pequeña burguesía. El caso del PSUC es bien diferente, ya que desde su constitución los elementos de procedencia pequeño burguesa significarán una fuerza importante al provenir este partido de la fusión de grupos políticos con una fuerte tradición de lucha reformista, nacionalista y pequeño burguesa.

EL FRENTE POPULAR EN ESPAÑA.

Ya en abril de 1935 el PCE lanzó una propuesta para la construcción del - Bloque popular antifascista; para el PCE, ante el aumento de la represión por - parte del gobierno reaccionario (no sólo contra la clase obrera, sino también - contra sectores republicanos pequeño burgueses) ante la ofensiva general del fascismo a escala internacional, ante el peligro de un golpe militar fascista en - España, se debían crear las bases políticas para la unidad de acción de todos - los sectores y clases antifascistas y "antioligárquicos". Sin embargo, de los cuatro puntos programáticos presentados por el partido (reforma agraria inmediata y sin indemnización; libre autodeterminación para las nacionalidades; mejoras en las condiciones laborales y de vida de la clase obrera; ammistía para todos los presos políticos y sociales), tan sólo el último fué aceptado por los partidos republicanos de izquierda. EL PC no se planteó apenas el significado de esta actitud intransigente de los grupos pequeño-burgueses, y finalmente cedió en aras a conservar la unidad del bloque antifascista.

Por otra parte, los intentos del partido de cara a la unificación orgánica y política del proletariado no tuvieron más resultado que la entrada de la CGTU en la UGT (noviembre de 1935). Las conversaciones orientadas a una posible unificación de las organizaciones políticas revolucionarias en un sólo partido fra

casaron totalmente por el sectarismo de los socialistas, que pretendían la unificación con la entrada de todos los revolucionarios en el PSOE, y por la actitud poco hábil del PC que anteponía a toda posible unión la aceptación total de los 21 puntos del Komintern.

Así el Frente popular español se planteó como un mero pacto electoral entre las fuerzas proletàrias, campesina, pequeño burguesas y sectores liberales y nacionalistas de la burguesía media industrial y comercial, con el fin de cerrar el paso a la reacción oligárquica y al fascismo. Si bien el Frente popular correspondía en España a una situación de lucha defensiva del proletariado y las masas populares, este cerrar el paso al fascismo significaba tan sólo vencerlo en unas elecciones. Porque además, una vez lograda la victoria electoral, se formaría un gobierno de Frente popular sin la participación de la clase obrera, y este gobierno pequeño burgués debía ser el que cumpliera el programa pactado. Esto es, la clase obrera, cuya situación con respecto a 1931 había variado totalmente y contaba con potentísimas organizaciones sindicales y políticas, se encontraba en una situación de inferioridad, de debilidad, en el Frente Popular; lo único que conseguía con su participación masiva y decisiva en él eran unas moderadísimas ventajas, de las cuales la única importante era la libertad de los 30.000 presos políticos. La debilidad de la clase obrera en el Frente popular venía condicionada principalmente por la actitud sectaria del PSOE y la UGT, dirigidos ya por Largo Caballero, y por el apoliticismo visceral de la CNT, cada vez más controlada por la FAI.

LA SITUACION POLITICA EN FEBRERO-JULIO DE 1.936.

Antes de examinar la actitud de los revolucionarios, de los comunistas, veamos algunos aspectos que caracterizan la situación política entre febrero y julio de 1.936.

Se está en un momento de agudización acelerada de la lucha de clases, que se remonta a 1934 (insurrección asturiana), o con otras palabras, se define tajantemente la posición de cada clase en la lucha política abierta, con la polarización extrema alrededor de las dos fuerzas principales en presencia, la burguesía y el proletariado. Sin embargo, se dan dos factores que embrollan esta clarificación política y cuyos efectos, como veremos luego, serán decisivos.

En primer lugar, está la división del proletariado en 3 grandes tendencias. Si bien existe una enorme combatividad obrera, esta división traduce la influencia de la política y de la ideología burguesa o pequeño-burguesa sobre la clase obrera; influencia que se esconde tras la combatividad espontánea, de tal manera que la esteriliza en parte, al impedir que la mayoría de militantes o que organizaciones enteras como la CNT o el PSOE tengan la necesaria claridad sobre los objetivos inmediatos. Es decir, el proletariado arrastra tras de sí a sectores crecientes del pueblo, a pesar de faltarle una dirección consciente de su inmensa tarea.

En segundo lugar, la atracción que el proletariado ejerce sobre la gran masa de campesinos pobres, semiproletarios, sobre fracciones importantes de los asalariados no productivos y de la pequeña burguesía urbana, no se refleja en la actitud de la dirección de los partidos republicanos que son sus representantes políticos tradicionales. Los partidos de Azaña, de Companys, etc. vacilan hasta el último momento entre la burguesía y el proletariado, y su actitud en las condiciones de 1936 sólo favorece !y en que medida! la insurrección militar.

En cuanto al enemigo, se radicalizan las posiciones de la mayor parte de la burguesía media y de sectores importantes de la pequeña burguesía urbana y rural (Falange, carlistas,), que cierran filas alrededor de los políticos repre-

sentantes del capital financiero y de los terratenientes - Calvo Sotelo, Goicoechea, V. Pradera, etc. y del personal de los aparatos de Estado que controlan directamente - Ejército, Iglesia, - estas dos últimas fracciones de la burguesía.

Este Bloque nacional en formación tiene, en cambio, sus objetivos lo bastante claros por el momento, como para poner en práctica, a partir de un mando centralizado, una línea de acción decidida.

Este segundo aspecto de la relación de fuerzas nos indica que la agudización de la lucha de clases no corresponde a una situación tal que el proletariado pueda pasar a la ofensiva hacia la toma del poder. Aunque exista una crisis de la forma republicana de Estado, aunque la conciencia socialista se haya desarrollado en los sectores más combativos, ni la burguesía en su conjunto, ni en sus fracciones más fuertes ha perdido el rumbo, la iniciativa, ni el Estado en sus principales aparatos se ha resquebrajado, ni, por último, el proletariado cuenta con organizaciones de masas insurreccionales que puedan plantearse el asalto al Estado. La tarea central de las revolucionarios debía consistir, pues, en ganar el máximo de tiempo para organizarse, para avanzar hacia la unidad, antes de que la burguesía lanzara su ofensiva en el terreno militar en el que mayor era la desventaja inicial para el pueblo.

LA POLITICA DEL PCE EN EL FRENTE POPULAR.

En esta prespectiva, la táctica de Frente popular podía dar sus frutos en la medida y sólo en la medida en que el PC no alimentara conscientemente esperanzas entre las masas sobre la eficacia del gobierno pequeño-burgués de Frente popular. Aquí reside el error principal del partido en estos meses, al limitarse al apoyo del programa del gobierno desde fuera, en vez de volcarse en su realización a partir de la base; concentrar sus energias en la unidad de acción de los trabajadores en las Alianzas obreras; crear los comités de Frente popular para unir alrededor de los obreros más conscientes a los semiproletarios y a la pequeña burguesía radical; ganar esas masas de modo sistemático para la política proletaria. Con lo cual no sólo se reforzaba la capacidad de resistencia popular ante la amenaza fascista, sino que se disponía de un medio de presión más eficaz para contrarestar en lo posible la impotencia de los partidos del gobierno, sin la política vacilante de conciliación con el Bloque nacional.

Todo crítica al PCE que no tenga en cuenta esto, que se limite a atacar el pacto electoral en sí, no sólo no ve que este pacto era necesario, al menos como medida auxiliar, sino que, y es lo más problable, estará fundada en un análisis abstracto del período febrero-julio -revolución en ciernes, necesidad de tomar el poder, etc. - dentro de la mejor tradición trotskista.

La estrategia del PC preveía dos etapas en la revolución española; en la primera, de carácter democrático-burgués, se debía resolver las tareas que no había realizado la burguesía (reforma agraria, nacionalidades, etc.) y el proletariado y los campesinos pobres serían la fuerza principal. Culminar la revolución democrática exigiría la constitución de un gobierno obrero-campesino, una dictadura democrática obrera y campesina, que abriría el camino a la etapa socialista.

Aunque sería interesante ver si la entidad de las tareas democráticas y, en especial, el peso del movimiento campesino por el reparto de tierras justificaban la división en dos etapas, no nos detendremos aquí sino en las consecuencias objetivas que derivan de la política seguida en realidad por el partido, en el significado real del incumplimiento del programa que el partido se había fijado y que detallaba las tareas más importantes e inmediatas de los comunistas:

- 1º Reforzar el Frente popular y convertirlo en un frente de lucha antifascista.
- 2º Extender y vivificar el Frente único del proletario.
- 3º Luchar por la unidad sindical íntegra.
- 4º Luchar por la unidad orgánica y política del proletariado.

Este programa era correcto, recogía las tareas que debían realizar

Este programa era correcto; recogía las tareas que debían realizar los comunistas. Pero no pasó de ser un compendio de buenas intenciones, de principios generales, porque, primero, el PC no explicaba cómo llevar a la práctica estas tareas, en que plazos y con que medios, y segundo, daba ya otra orientación al trabajo: prioridad al Frente popular sobre el Frente proletario, y prioridad a los acuerdos por arriba dentro del mismo Frente popular.

La omisión de las medidas concretas para realizar el programa y la orientación que de hecho se siguió, ponían en manos de la pequeña burguesía y de la burguesía democrática la iniciativa en la primera etapa de la revolución, a través de la coalición gubernamental. Con otras palabras, el PC confundía en la práctica el carácter democrático de la primera fase de la revolución on el carácter de las fuerzas sociales que ya no podían realizarla: la burguesía democrática en vez del proletariado y los campesino pobres.

En cuanto al BOC, tras la insurrección de octubre de 1.934, inició una serie de contactos con diversas organizaciones proletarias de Cataluña con vistas a llegar a un acuerdo mínimo: ampliar la base de las Alianzas obreras hasta incluir a todo el movimiento anarcosindicalista; hacer que este Frente proletario se extendiera por todo el país, e intentar cohesionarlo a partir de la unidad de acción y de la no supeditación a ningún grupo político. Por otra parte, sus intentos por crear un partido único revolucionario no tuvieron éxito. Tan sólo llegó a un acuerdo con la Izquierda Comunista, grupo de inspiración trotskista, que en 1934 se había negado a seguir las consignas de Trotski de ingresar en el PSOE para reforzar la tendencia de Largo Caballero. El fracaso de esta política de unificación del BOC expresa el fracaso de su oportunismo, de la busqueda de terceras vías entre la socialdemocracia y el comunismo. Para el BOC toda unión debía realizarse al margen de la Internacional II y III, vistas como obstáculos para la unidad de la clase obrera. De la fusión del BOC y la Izquierda Comunista nació el Partido obrero de unificación marxista (POUM), mientras que los otros pequeños partidos, que habían participado también en las negociaciones, se fusionaron, ya en julio de 1.936 y constituyeron el Partit Socialista de Catalunya (PSUC), que se adhirió al Komintern

LA TACTICA DEL P.O.U.M. Y DE LOS RESTANTES GRUPOS.

Para el POUM, España en 1936 estaba en plena revolución, en plena marcha hacía el socialismo y sólo la contrarrevolución fascista podía impedir la victoria "inminente" de la clase obrera. Esto es, se estaba en una fase de ofensiva del proletariado contra el capitalismo; el fascismo no era más que la reácción desesperada de los sectores más reaccionarios del capital. Esto no impidió que el POUM se integrara en el Frente popular, lo que desencadenó la ira de Trotski. Pero esta participación lo fue de un modo totalmente seguidista "para no separarnos de las masas" dice su dirigente Andrés Nin, sin plantearse el caracter del Frente Popular, el papel de la clase obrera dentro de él.

La línea del POUM o del ala izquierda del PSOE al proponer la insurrección era aventurista, por las razones que ya hemos indicado más arriba: burguesía y terratenientes preparando la guerra civil, proletariado dividido y sin objetivos tácticos claros, inexistencia de organizaciones insurreccionales. Objetivamente hacía el juego al Bloque nacional por dos motivos al menos:

- Presentaba la inminente ofensiva burguesa en el terreno militar como justificada defensa del orden democrático vigente de la República.
- Y, en particular, facilitaba la extensión de las alianzas del Bloque nacional hacía la pequeña burguesía y sectores campesinos, cuando más necesario

- era atraer la gran masa de estas capas hacía el proletariado.

Y naturalmente dentro de esta peculiar óptica del POUM no tenía sentido - aprovechar, de cara a acuerdos tácticos, las contradicciones entre el Bloque nacional y algunas fracciones de la burguesía media, sobre la base de sus estrechas vinculaciones con el aparato administrativo o parlamentario del Estado, al que suministraban personal político y en el que tenían buena referencia.

Aunque ya sabemos en que desembocó la política de confianza en estas fracciones de la burgusía media y en los partidos republicanos, en los Azaña y los Casares Quiroga, como ejecutores de las medidas que exigían las masas populares - desmontar la red conspirativa del Bloque nacional, elevar los salarios, combatir el paro, facilitar la expropiación de las tierras - hubiera sido un error imperdonable entregar burguesía pequeña y media democrática en manos de los fascistas: se había cohesionado todo el aparato de Estado en una máquina lista para aplastar al proletariado, como en parte ocurrió en octubre del 34.

La única línea correcta en aquella situación sólo podía consistir en avanzar lo más rapidamente posible por el camino de la unidad de acción del proletariado, de la clarificación de sus objetivos tácticos, por el camino de ganarse las masas pequeño burguesas y campesinas y forzar a los pardidos conciliadores del gobierno a endurecer su acción respecto a los preparativos militares del Bloque nacional.

Pero esta situación no fue apreciada por los grupos obreros, y mientras la CNT proseguía en su putschismo infantil, Largo Caballero prefería ver como fracasaba el gobierno republicano para después hacerse con el poder; el POUM, por su parte, hablaba de insurrección armada y se dedicaba a dividir aún más a la clase obrera creando su propia central sindical, la FOUS.

El PC que en el período febrero-julio de 1.936 experimento un crecimiento espectacular (de 30.000 a 100.000 militantes), se opuso a las pretensiones revolucionarias de Largo Caballero de iniciar la lucha por la revolución proletaria con el argumento fundamental de falta de condiciones objetivas y, sobre todo, - subjetivas (división del proletariado), pero, como alternativa, no hizo nada para revitalizar las Alianzas Obreras, por construir el Frente proletario que debía ser la base del Frente popular antifascista, ni por crear organizaciones populares antifascistas. Tan sólo la unificación de las juventudes socialistas y comunistas significó un avance hacia la unidad política de la clase obrera.

La actitud del partido, y de las restantes organizaciones obreras que formaban el Frente Popular de confiarlo todo a la eficacia del gobierno republicano en momentos de ofensiva del fascismo era suicida. Mientras militares y fascistas conspiraban contra la República, el gobierno se limitaba a trasladar a los militares sospechosos de una guarnición a otra. Ni el partido ni ningún otro grupo proletario hizo nada para evitar la sublevación que todos profetizaban, y exigir, si fuera necesario por la fuerza, al gobierno medidas eficaces para desarticular la conspiración antes de que estuviera totalmente organizada.

Así llegamos al 18 de julio de 1.936. Los representantes de la pequeña y media burguesía en el Gobierno, los ministros, como el de Gobernación, Casares Quiroga, intentan controlar la presión popular, dar largas al asunto de armar al pueblo y negociar mientras tanto con los militares sublevados. Y si en estos juegos en la cuerda floja el Gobierno no acabó en el paredón, fue gracias a la eficaz respuesta en la calle del proletariado y de una parte de la misma clientela electoral de los astutos ministros.

El 18 de Julio demostró la inviabilidad de un Frente popular planteado como simple alianza electoral. Ante la sublevación del principal aparato represivo - del estado, el ejército, tuvo que ser la clase obrera la que por su cuenta, des-

bordando al propio gobierno del Frente popular, saliera en defensa de la República para cerrar el paso al fascismo.

EL CARACTER DE LA GUERRA CIVIL.

Antes de entrar en la exposición de la línea y la actuación del PCE y de los otros grupos políticos durante la guerra, es necesario abordar los problemas de la naturaleza de clase del "Movimiento nacional", de la relación de purgas que se estableció a partir del 18 de Julio y de sus cambios sucesivos.

Es decir, debemos, primero, responder a la pregunta: ¿Que fuerzas sociales y que intereses de clase habían detrás de los militares, los falangistas y los carlistas? ¿Por qué se dió esta alianzas de fuerzas?.

Los facciosos representaban a la burguesía financiera (capital industrial y bancario) en la que el capital bancario era la fracción principal, a los terratenientes, a una parte de la burguesía industrial y comercial no monopolista, a la burguesía media rural, a alagunas capas de pequeños propietarios y empresarios del campo y la ciudad, más la inmensa mayoria de la oficialidad del Ejercito y la Iglesia.

En esta amplia alianza jugaban factores político-ideológicos que en parte enmascaraban los principales intereses de clase en juego, y que dieron lugar a la destacada presencia de la Iglesia y l s carlistas, por ejmplo, dentro del Bloque nacional. La solución del embrollo está en ver que en el éxito o fracaso de la ofensiva militar de estas clases, lo que se decidía era la hegemonía del capital financiero monopolista, en unas condiciones de precariedad económica de la burguesía en su conjunto. Es decir, se decidía el paso al estadio monopolista del capitalismo español, cuando no se habían completado aún algunas tareas propias del estadio anterior: reforma agraria, nacionalidades, etc.

Aquí se encuentra la base de la confunsión ya citada. La debilidad de la burguesía en su conjunto y la relativa fuerza del movimiento obrero y campesino hacen que la burguesía, para tirar adelante la lucha, no pueda contar sólo con sus propias fuerzas, y por un largo período tenga que crear un vasto sistema de alianzas para sostener la guerra y edificar el Estado franquista. Esto representa una cierta hipoteca para su autonomía, unas concesiones a otras capas sociales de transición entre el capitalismo y el feudalismo: los terratenientes, sectores de la pequeña burguesía y la Iglesia como su instrumento ideológico. Estas concesiones, si bien aparecen como dificultades para el desarrollo del capital monopolista, permiten ganar tiempo a la burguesía y sirven, por tanto, objetivamente a su dominio en las condiciones concretas de España.

Lo que determina el "Alzamiento" no es el peligro de una inminente revolución proletaria, sino el hecho de que ni en una situación como la de la República del 31, la burguesía puede consolidar su dominio, orientada ya desde la Dictadura de Primo de Rivera hacia la hegemonía del capital monopolista. Y no puede consolidarse su dominio con suficiente holgura, ya que su debilidad político-económica le impide, por ejemplo, asimilar rápidamente a los terratenientes como fracción de clase, someter totalmente la pequeña burguesía gobernante y reconvertir el PSOE en el instrumento eficaz que fue de 1924 a 1930 para neutralizaar al proletariado.

Entonces, la presión de una clase obrera y de unos campesinos pobres divididos y sin objetivos políticos claros provoca crisis trás crisis, y convierte la

forma de ~~Estado republicana en~~ un peso muerto para aplicar las medidas vitales a los intereses del conjunto de la burguesía, inseparables ya de los intereses inmediatos del capital financiero.

En segundo lugar, una vez vista la extraordinaria agudización de la lucha de clases a partir de 1934, que lleva a poner la acción armada como forma principal de lucha -octubre 34, julio 36-, es necesario fijar los cambios más importantes en la correlacción de fuerzas de clase a lo largo de la guerra y referir las distintas orientaciones políticas que actuaron dentro del campo antifascista a estos cambios.

La derrota de los sublevados en las principales ciudades y zonas industriales, su contención en Aragón y Somosierra representan un gran freno a la ofensiva del enemigo. El proletariado armado es el factor principal de esta derrota, y bajo su iniciativa los comités de las Milicias antifascistas (en Cataluña) y los comités de Frente popular surgen por todos los pueblos y ciudades, y agrupan a obreros, campesinos, y a los elementos más combativos de la pequeña burguesía. Estos comités son la organización real de masas del Frente popular. Su aparición significa culminar la polarización social iniciada en el 34; el proletariado armado organiza a su alrededor al resto de capas populares y neutraliza al enemigo en la primera batalla de la guerra. Se produce, por lo tanto, un cambio en la relación real de fuerzas, que da lugar a un equilibrio inestable.

Examinando con más detalle la situación creada en julio, tendremos la certeza de esta afirmación.

Si los comités de Milicias son el punto de partida para canalizar la iniciativa de masas, tanto en el esfuerzo militar como en las tareas de retaguardía en julio de 1936 no podían de ningún modo ser el esqueleto de un Estado proletario en una situación de "doble poder"; es decir, no podían ser la base de una organización insurreccional contra lo que quedó de Estado republicano.

Los que intentaron o intentan comparar la España del 36 con la Rusia de enero-noviembre del 17 olvidan algunos factores que no concurrieron aquí: si también los soviets rusos estuvieron durante meses dominados por una política pequeño burguesa (mencheviques y socialistas revolucionarios), como los comités de Milicias españoles lo estuvieron por la política pequeño-burguesa en forma de apoliticismo de la CNT-FAI, o de izquierdismo confuso del PSOE, en el caso de Rusia, estos soviets políticamente débiles eran una garantía de poder proletario en embrión, en la medida que poseían mayoritariamente las armas y que la burguesía no se podía lanzar frontalmente a su destrucción. Mientras que en España la clase obrera sólo poseía una pequeña parte de las armas, la parte mayoritaría estaba en manos de la burguesía. En Rusia, la burguesía se estaba descomponiendo, lo mismo que su Estado, y sólo podía mantener su dominio por el engaño sobre las masas. Mientras que en España era la burguesía la que pasaba a la ofensiva armada contra el proletariado, antes de que éste pudiera amenazar seriamente su dominio.

Los comunistas rusos podían, por lo tanto, lanzar la consigna de "todo el poder a los soviets", al mismo tiempo que, pacientemente, por la lucha ideológica, combatían las ilusiones de que eran víctimas estos mismos soviets. Los comunistas españoles no podían exigir "todo el poder a los comités de Milicias", cuando el centro real de poder burgués era el Ejército de Franco, y tampoco podían limitarse a combatir el infantilismo revolucionario del PSOE y los anarcosindicalistas con la lucha ideológica, y esperar los resultados de la educación de las masas por su misma práctica para montar un órgano de poder proletario al margen del aparato republicano. Había que para a los fascistas apoyándose en el único aparato de poder que había: la República.

El principal instrumento de poder de la burguesía no era ya el Estado republicano, sino el embrión del nuevo Estado dictatorial, representado por el Ejército faccioso. Contra él se debía concentrar todo el fuego, y los que "olvidaron" esta minucia se convertirían en liquidacionistas, en enemigos del pueblo, a pesar de toda la retórica revolucionaria. Paradojicamente, la República seguía siendo un Estado burgués que ya no servía a la mayor parte de la burguesía, pero sí, en cambio, a un proletariado decidido.

Los comités de Milicias no eran simplemente organizaciones poletárias. Con las lógicas variaciones según cada zona, reflejaban la relación de fuerzas dentro del pueblo:

- la mayor combatividad del proletariado - y su composición
- pequeños campesinos, asalariados del comercio y los servicios
- pequeña burguesía catalanista.

Si la primera batalla se ganó gracias a estos comités de Milicias, que alejaron el frente de las ciudades clave, esta eficacia quedó muy pronto puesta en entredicho entre agosto y noviembre del 36, por la falta de disciplina y de claridad táctica, por dominar el primitivismo político de los anarcosindicalistas y la confusión izquierdista: columnas que desertaban del frente para realizar "colectivizaciones" en la retaguardia, o que abandonaban a su suerte a los comunistas en un ataque concertado previamente, o que se dedicaban a atemorizar al campesinado atrasado con ejecuciones sumarias de pequeños propietarios y "catolicos" en general.

Sin la desaparición de este primitivismo político los comités de Milicias no sólo no eran unos soviets en potencia, por la misma situación política general, sino que hubieran garantizado la victoria a los fascistas en menos de un año.

El Estado republicano, con lo que quedó del Ejercito, el 50% de la Guardia Civil, el 70% de la Guardia de asalto y una parte del aparato administrativo y de Gobierno, además de ser un instrumento nada despreciable en cuanto a capacidad bélica, era el único lugar en que se podía consolidar la alianza de las fuerzas populares, y traducirse en un esfuerzo bélico consistente y en una adecuada organización de la industria de guerra. Y esto era cierto no sólo por razones técnicas: un proletariado por más combativo que sea, si no dispone de una dirección política real, si en su seno domina el apoliticismo sindicalista o el izquierdismo, es un proletariado políticamente débil, incapaz de dirigir en su lucha al resto de explotados hacia el objetivo táctico principal. De hecho, una gran parte de la clase obrera estaba inconscientemente guiada por una política pequeño burguesa exasperada, de cortos alcances.

En estas condiciones, la subsistencia necesaria del Estado republicano, en su carácter de clase, en la persistencia del mismo personal gobernante pequeño-burgués y reformista, no hacía más que traducir esta debilidad objetiva de la clase obrera, ser el fiel reflejo de esta realidad dentro de la relación de fuerzas entre el pueblo y el Bloque nacional.

Las tareas que objetivamente se imponían al proletariado para vencer en la guerra, es decir para pasar, lo más pronto posible, de una situación de equilibrio inestable de fuerzas, a una ofensiva general, consistían, primero en garantizar el esfuerzo bélico, tanto en el frente como en la retaguardía. Segundo, en llevar a cabo la reforma agraria y las transformaciones en la industria exigidas por el proletariado y los campesinos pobres, que fuesen compatibles con las necesidades de la economía de guerra. Y, tercero, avanzar hacia la unificación de la clase obrera en organizaciones de masas, y la consolidación de su dirección política, el PC.

El primero y segundo objetivos sólo se empiezan a alcanzar en 1937, con la formación del Ejército popular, la puesta en marcha de una economía de guerra más o menos precaria, la extensión de la reforma agraria, contra la arbitrariedad y el cantonalismo de los "colectivizadores" y la implantación de un control obrero de la producción, contra la autogestión libertaria. En cuanto al tercero, sólo el prestigio creciente del PC entre las masas, su crecimiento numérico y el aumento de su capacidad de dirección consiguen paliar algo los efectos de la división del proletariado.

El cumplimiento de una parte de los objetivos señalados no es suficiente para inclinar la balanza del lado popular. El equilibrio de fuerzas se deteriora progresivamente en favor de la burguesía franquista, que lanza una ofensiva general desde finales de 1938. Entonces los "burgueses" antifascistas empiezan a vacilar, a buscar la conciliación a todo precio: desde el alto personal del Estado hasta una parte de los mismos dirigentes del PSOE y de la CNT están dispuestos a acabar con la resistencia popular para salvar sus vidas y sus intereses.

LA POLITICA DEL PCE DURANTE LA GUERRA.

El PCE calificó la guerra civil de revolución antifascista, de lucha nacional contra el fascismo español e internacional. Partía del principio de que el fascismo español se había sublevado para impedir la conclusión de la revolución democrático-burguesa, por lo que el conflicto tenía un contenido nacional popular. Para el partido, la revolución democrático-burguesa sería complementada en el transcurso de la guerra, ya que las propias necesidades de la lucha antifascista obligarían a confiscar las propiedades agrarias e industriales de los rebeldes. Así se destruirían las bases materiales del fascismo español. Y dado el carácter antifascista del conlicto, el partido juzgó que era necesaria una alianza del proletariado con el campesino pobre, con la pequeña burguesía y con los sectores antifascistas de la burguesía.

De este modo, el nuevo Frente popular antifascista, teorizado por Togliatti, sería "la fórmula original del desarrollo de la revolución española"; sería la unión de diversas clases contra el fascismo, por lo que su carácter no se podía definir, según Togliatti, como el de una dictadura democrática de obreros y campesinos.

Para el partido lo fundamental era la lucha contra el fascismo, ganar la guerra, porque al mismo tiempo se hacía la revolución. Para los líderes del PCE, las profundas transformaciones económicas, sociales y políticas efectuadas durante la lucha contra el fascismo significaban una revolución irreversible. Se iba a construir una república demócrática antifeudal y antioligárquica en la que el estado controlaría amplios sectores de la economía. Esta democracia de "nuevo tipo" pondría las condiciones para la posterior conquista del poder por la clase trabajadora.

En esta exposición esquemática de la línea del PC se aprecian algunas deficiencias más o menos graves, unos cuantos errores de método y de análisis sobre los que nos detendremos. Pero, por encima de todo, nos importa ver a qué dan pie estos errores, cómo influyen en la práctica del PC.

La afirmación de que el "alzamiento" se había producido para impedir la conclusión de la revolución democrático-burguesa es extraordinariamente ambigua, y puede llevar a análisis incorrectos de lo que representa el franquismo, de su contenido de clase. De modo análogo, al hablar de una repúclica democrática antifeudal y antioligárquica, con la expansión del sector de Estado, en la que se crearían condiciones para la posterior conquista del poder por la clase obrera, se substituye una orientación estratégica clara por una abstracción.

Sólo se dice que el desarrollo de la guerra exigirá el cumplimiento de las tareas democráticas, y esto por si mismo no determina ninguna situación favorable para la toma del poder, si no se razona de modo mecánico, economicista: primero, la burguesía antifascista, apoyada por la clase obrera y el resto del pueblo, concluye las tareas democráticas, luego, el proletariado, aliado con los campesinos pobres, emprende la revolución socialista.

La sorprendente frase de Togliatti, según la cual la democrácia antifeudal y antioligárquica sería "la fase de transición entre el capitalismo y el socialismo ", si expresa con nitidez el error anterior, da sobre todo la medida de lo que será el abandono del marxismo por su autor en los años siguientes al frente del PCI, con la política de "unión nacional".

Para que el gobierno de Frente popular de la guerra sea el inicio de la "vía española hacía el socialismo", hace falta algo más que el cumplimiento de una etapa. Hace falta que se abra una crisis revolucionaria, lo cual en 1936 exige ganar la guerra y organizar a la mayoría del proletariado por la base de modo unitario, como fuerza principal de la revolución. Ambos objetivos, intimamente ligados, debían ser el centro de la estrategia del PC.

El PC debía explicar que la victoria suponía la aparición de una crisis revolucionaria, en la que la clase obrera, en estrecha unión con los campesinos pobres y una fracción de la pequeña burguesía, tendría que hacerse con el poder.

Nos encontramos, en cambio, con un planteamiento ambiguo sobre el cumplimiento de la etapa democrática, basado, eso sí, en una exigencia real - mantener la República como el único Estado posible dadas no precisamente las tareas pendientes de caracter democráticom sino sobre todo, la debilidad política del proletariado, su división, pero basado también en la falta de claridad sobre la única garantía que haría eficaz la participación comunista en el gobierno - reforzar el Frente popular en la base y multiplicar los esfuerzos para unificar el proletariado. Ya que el bloqueo impuesto a la República, si reducia los medios materiales disponibles, y también al margen de maniobra de republicanos y reformistas para aislar a los comunistas, obligaba a una movilización a fondo de la iniciativa y capacidad de las masas.

En todo caso, el PC ve lo que es realmente la guerra, como una ofensiva de la burguesía y los terratenientes, con el total apoyo político y material de la Alemania nazi y la Italia fascista, contra el proletariado y las restantes capas populares, con una parte de la burguesía pequeña y media incluida. La formación de un frente de todas estas clases populares para cerrar el paso al fascismo será, para el PC, un movimiento de defensa, de resistencia y no, una ofensiva de la clase obrera hacía el socialismo, como afirmaba el POUM.

Antes de ver la situación del PC respecto al Frente popular, al gobierno y a la unidad del proletariado, hay que referir la línea del partido a la única política mínimamente coherente que se le oponía bajo la etiqueta de "marxista".

LA POLITICA DEL POUM.

La posición del POUM ante la guerra civil era muy otra. Para el POUM se trataba de una lucha entre el socialismo y el fascismo, entre la revolución proletaria y la contrarrevolución oligárquica. Según Andres Nin, la clase obrera española luchaba fundamentalmente por el socialismo y no, para cerrar el paso al fascismo. En su delirio "izquierdista" este dirigente del POUM llegó a afirmar que "el 18 de Julio se hundió el capitalismo español", y, que "la revolución española era una revolución proletaria más profunda que la rusa". Para los militante del POUM, la clase obrera española se había alzado en armas, había ocupado fábricas y talleres y anulado el poder económico de la burguesía, y debía comple

tar esto con la toma del poder político. Afirmaban que el Estado republicano después del 18 de julio había desaparecido, no tenía fuerzas represivas, ni funcionaban sus mecanismos; por el contrario, la clase obrera estaba armada, era la única fuerza que se enfrentaba al fascismo, y por lo tanto debía destruir el Estado burgués republicano y construir uno proletario. A partir de este análisis subjetivista, el POUM utilizó de un modo mecanicista la experiencia de la Revolución rusa, como si se tratase de dos situaciones identicas: el febrero de 1936 (victoria electoral del Frente popular) correspondía a la revolución de febrero de 1917; el 18 de julio, al ataque de Kornilov, para completar este sugestivo simil ya sólo faltaba ir hacia la Revolución de Octubre, hacia la revolución proletaria. El POUM no analizó si las circunstancias eran semejantes, si la correlación de fuerzas era la misma, si las contradicciones era idénticas, etc. No, para el POUM, se debía ir a la creación de unas Cortes a partir de comités obreros, campesinos y soldados (comités que no existían), y así constituir el soviet español; se debía crear el ejército rojo proletario, un ejercito revolucionario que asegurase la revolución socialista, como única forma de vencer al fascismo y construir el socialismo; se debía construir un gobierno obrero y campesino fuerte, que contase con la confianza de la clase obrera, que organizara la victoria a partir de una fuerte industria bélica nacionalizada; en este gobierno la burguesía y la pequeña burguesía antifascistas no tendrían ninguna representación ya que, según el POUM, no tenían ninguna fuerza política.

Esta política traducida en hechos, después de múltiples vacilaciones que mostraban la impotencia del POUM, dió lugar al intento de hacerse con el poder en mayo del 37. De este modo, el POUM se convirtió en un instrumento insconsciente del enemigo.

EL CARACTER DEL FRENTE POPULAR.

En julio del 36, el realismo del PC, su inserción en las masas, su sensibilidad política lo convirtieron en el único grupo obrero con una táctica adecuada a la situación peculiar en que el proletariado contenía el primer asalto de los fascistas, pero era incapaz, mediante sus organizaciones espontáneas, de proseguir eficazmente la guerra.

El Frente popular, como pacto entre varios partidos, debía ser mantenido durante la guerra. El acuerdo de gobierno con todas las organizaciones antifascistas, incluyendo a los vacilantes grupos republicanos, la puesta en pie del Ejército popular por los comunistas eran medidas necesarias para contener el avance espectacular de los fascistas que siguió al empuje popular de los primeros días de la guerra. La incapacidad de las Milicias antifascistas para organizar la lucha y sus errores en la retaguardia obligaban a relegarlas a un segundo plano en los aspectos militar, político y economico.

Pero el PC, sin una estrategia precisa, sólo vió los límites de la combatividad del proletariado; sólo constató su falta de claridad política, traducida en la impotencia de las Milicias antifascistas. No se planteó, en cambio, la manera de superar estas limitaciones en el curso de la guerra.

Y esto tuvo sus consecuencias en la misma aplicación de la táctica de Frente popular "por arriba".

Si en el período febrero-julio el PC no impulsó la creación de las organizaciones de masas del Frente popular, después de julio la tarea quedaba simplificada en parte, ya que los comités de Frente popular o de Milicias eran precisamente lo más parecido a aquellas organizaciones de base. Para liberar los comités de Milicias de la política pequeño-burguesa de la CNT-Fai, del POUM o del

PSOE, habría sido precisa una labor sistemática de esclarecimiento de organización con métodos comunistas, paralela a la construcción del Ejército popular. Con unos comités de Milicias progresivamente subordinados al Ejército popular se habrían cimplido varios objetivos:

- Educar políticamente a las masas, canalizar y estimular su combatividad.
- Alimentar el Ejército popular con combatientes y cuadros más preparados, y substituirlo en frentes secundarios para evitar su dispersión.
- Atraer a la masa radical de los campesinos y pequeños burgueses hacía las posiciones del proletariado.

Son evidentes las dificultades inmensas de un programa semejante, pero el prestigio creciente del PC, la incorporación masiva de nuevos militantes, y la experiencia misma de los errores cometidos por las Milicias creaban algunas condiciones favorables para que los comunistas iniciaran esta tarea en las zonas de España donde su fuerza era mayor (zona Centro, con el IV Regimiento).

La táctica del PC. pués, llevó a que el esfuerzo bélico más importante y las tareas de organización en la retaguardia fueran recayendo cada vez más en los sectores obreros y populares directamente influidos por él. El Frente popular tenía su espina dorsal en el partido, en sus unidades de choque la 11 División y en la masa de sus simpatizantes, pero la inexistencia de organizaciones de masas del tipo de los comités de Milicia debilitaba enormemente el Frente antifascista.

O bien, en términos de clase: lo único que garantizaba que un gobierno de Frente popular, que los acuerdos por arriba con los partidos republicanos sirvieran al máximo al esfuerzo bélico, era la fuerza del proletariado, la constante presión desde la base, tanto para suplir la iniciativa y heroismo la falta de medios materiales, como para evitar que los republicanos y reformistas negociaran de espaldas al pueblo con los fascistas.

La situación de equilibrio inestable de fuerzas en que desembocó la primera batalla de la guerra, ponía en primer plano estas exigencias:

- Contener al enemigo en la zonas donde había triunfado el "alzamiento".
- Acumular fuerzas, es decir, fortalecer el Frente popular, avanzar hacia la unidad obrera, constituir un gobierno de Frente popular que respondiera a la relación de fuerzas dentro del campo antifascista, empezar la reforma agraria, crear el Ejército popular y organizar la economía de guerra y los abastecimientos.

El primer objetivo no se pudo cumplir. Y fué precisamente durante los primeros meses de la guerra, en los momentos de más grave crisis del aparato estatal republicano y de mayor expansión de las tendencias autonomistas de los grupos izquierdistas, cuando el franquismo realizó los avances más decisivos y espectaculares del conflicto sin apenas encontrar oposición de las milicias proletarias. Entre julio y noviembre de 1936 los franquistas conquistan toda Andalucia oriental, Extremadura, Guipúzcoa (cerrando el paso a Francia), buena parte de Asturias y llegan a las puertas de Madrid. Por el bando antifascista no se produce ninguna ofensiva de importancia. En este período se comprobó la "operatividad" militar de los anarcosindicalistas en las desastrosas campañas del frente de Aragón.

En cuanto al segundo objetivo, sólo el PC era capaz de asegurar su realización. En la organización del Ejército popular en menos de un año, el montaje de la economía de guerra, el inicio de la reforma agraria, los militantes comunistan juegan un papel decisivo.

Del mismo modo, el partido, con su política de mantener el Estado republicano, refuerza la alianza táctica con todas las fuerzas -pequeña burguesía y ocasionalmente burguesía media - que no se habían unido al Bloque nacional y evita la deserción de las fuerzas militares que quedaron a la República: el 50% de - la Guardia Civil, el 70% de la Guardia de asalto y una parte de la oficialidad del Ejército.

Las restantes organizaciones obreras acabaron colaborando en el afianzamiento de la República, pero sus posiciones cambiaron bien poco: el infantilismo liquidacionista de la CNT-FAI, el izquierdismo confuso del PSOE de Largo Caballero las tesis del POUM del desarrollo del "doble poder" (clase obrera por medio de comités de fábrica y de milicias contra la República) para destruir el aparato de Estado.

Si el POUM hubiese tenido suficiente fuerza para aplicar su política, se - habría creado un vacio de poder, que no habrían llenado por cierto la CNT-FAI, en pleno delirio economista (colectivizaciones), o los "soviets" del POUM, existentes sólo en su imaginación, sino los fascistas.

La actitud del POUM de concentrar todos sus esfuerzos en solucionar una contradicción secundaria, contradicción en el seno del frente antifascista, sin - apreciar la necesidad absoluta de solucionar en primer lugar la contradicción en primer plano (fascismo-pueblo), es la típica de los grupos vanguardistas y liquidacionistas. Del mismo modo, que su total apoyo a la actitud infantilista de la CNT-FAI de llevar a cabo una colectivización forzosa de todos los medios de producción(como si la tarea fundamental de los revolucionarios fuese en aquellos momentos de guerra civil experimentar sistemas de autogestión y control - obrero) no es más que un síntoma claro del seguidismo del POUM con respecto al anarcosindicalismo.

LA LUCHA POR LA UNIDAD DE LA CLASE OBRERA.

Unificar politicamehte la clase obrera en 1936-39 significaba en esencia una lucha tenaz por sustraer al mayor contingente de la clase obrera a la influencia de la política pequeño-burguesa representada por el primitivismo economista de la CNT-FAI, el oportunismo de izquierda y la demagogía de Largo Caballero y su fracción del PSOE y el aventurismo impotente del POUM. Bajo una verborrea - revolucionaria, estos fueron los enemigos internos del proletariado, los causantes de su desunión. Si la clase obrera arrastraba a la pequeña burguesía en la lucha, era la política de la pequeña burguesía la que arrastraba al proletariado.

Para cambiar esta situaciój no bastaban ni la lucha ideológica intensa, ni la política de proselitismo llevadas por el PC (nota nº 2) através, por ejemplo, de sus unidades militares modelo. Tan sólo una serie de iniciativas políticas en el terreno de la organización más amplia de masas podía ser eficaz. La gran masa de los obreros revolucionarios había hecho la experiencia de los errores - izquierdistas, pero sin más directrices claras, comprensibles para la mayoría , no se podía sacar provecho de esta experiencia, y evitar una progresiva desmoralización.

En este sentido, la campaña de formación del Ejército popular, a pesar de que llenó el vacio más urgente en el terreno militar, no cubría las necesidades de unificar la clase obrera y garantizar la hegemonía del proletariado en el - Frente popular.

Y dado que una cosa no iba sín la otra, en unas condiciones de extrema -agudización de la lucha clases ¿de qué modo había que abordar esta tarea en sus dos aspectos?

Hemos visto en apartados anteriores la aparición de los comités de Alianza obrera en el 33-34, como forma concreta de Frente único proletario, pe4o la política electaralista de febrero-julio del 36 no permitió al PC ver su importancia, y esta experiencia no tuvo luego continudad.

Suponer ahora, por tanto, que después del 18 de julio era posible volver a las Alianzas obreras no sería más que expresar un deseo piadoso.

A menos de reinventar la historia en el modo condicional, sería inútil a nuestro propósito examinar las posibilidades que había en 1936-39 de reconstruir Alianzas obreras. Para juzgar sobre la corrección de la línea del partido sólo podemos tener en cuenta lo que ya la realidad de la lucha de clases habñia producido, y ver hasta que punto la línea del PC se ajustaba a ella y daba lugar a una práctica consecuente.

Según este criterio, resolver el problema de la unidad del proletariado pasaba por definir una tactica justa respecto a los comités de Milicias de julio del 36, que, ante todo, eran algo real, un tipo de organización original creado bajo iniciativa proletaria, que agrupaba a todas las fuerzas populares dispuestas a luchar. Es decir, que eran la forma concreta, reconocida o no como tal, del Frente popular en la base.

Este debía ser, en todo caso, el punto de partida para avanzar hacía la -unidad proletaria. Si el PC hubiera sido capaz de reconvertir los comités de Milicias en pieza clave del Frente antifascista, subordinados al Ejército popular en las tareas militares, se había desplazado la influencia de las organizaciones izquierdistas sobre una gran parte de los trabajadores más combativos. Y en las condiciones de la guerra, ganar estas masas obreras a una política proletaria consecuente, era ya de hecho garantizar la autonomía política de la clase obrera y su hegemonía dentro del Frente popular, fuese cual fuese la forma organizativa en que se expresara.

Nuestra crítica a la táctica del PC en este punto no es, pués, más que el desarrollo de lo que dijimos al hablar del carácter del Frente popular y su enfoque por el Partido.

En resumen, el PC, sobre la base de sus concepciones erróneas sobre el cáracter del Frente popular y del papel de la clase obrera dentro de él, sobrevaloró los acuerdos con todos los partidos antifascistas y antepuso estos acuerdos a la lucha por la unificación del proletariado. Esta política alicorta venía justificada por la profunda división de la clase obrera, cuando ésta era -precisamente la razón de peso para considerar la unidad proletaria como objetivo prioritario, al igual que el de creación del Ejército popular. De haber aplicado el PC una táctica de unidad por la base, la división de la clase, vista como contradicción en el seno del pueblo, podía haber sido resuelta, quizás, por métodos no violentos.

Lo que ocurrió, fué exactamente lo contrario. Fué preciso vencer con las armas al POUM y a un sector de la CNT-FAI, para evitar lo peor. La contradiccíon entre el POUM y una parte de los anarquistas con el resto de fuerzas populares se convirtió en antagónicas objetivamente el POUM pasó a ser un grupo liquidacionista, contrarrevolucionario militante, y si los métodos con que fue desmontado tuvieron más de policíaco que de comunista, es decir, no sirvieron como enseñanza política de masas, no por esto su liquidación fue menos correcta.

No eran unos incidentes aislados, eran dos concepciones totalmente opuestas del carácter de la guerra y del papel de la clase obrera. El POUM, como dice su secretario general Andres Nin, "vió grandes posibilidades de tomar el poder, pero la actitud claudicante de los dirigentes de la CNT-FAI hizo que esto significase, por confusión y desconcierto, lo que significó llevando a los revolucionarios a la masacre". Esto es, el POUM reconoce que lo que pretendía en mayo de 1937 era tomar el poder y que para ello confiaba en que la CNT-FAI se sublevara con ellos contra el gobierno republicano.

Después de acabar con la más grave amenaza interna en mayo del 37, el partido fué consolidando su posición hegemónica dentro de la clase obrera, por su mejor organización, por su homogenidad, por su eficacia militar y, en primer lugar, por tener una línea política en gran parte correcta. A pesar de todo, la consolidación del partido no podía suplir la falta de unidad del proletariado.

Y si esto se traducía en el alejamiento del PSOE, UGT y buena parte de la CNT del Frente popular, cuando no en oposición declarada, para la masa más activa del campesinado y de la pequeña burguesía daba lugar a una creciente desmoralización.

Al debilitarse la fuerza del proletariado y de las restantes capas populares, los políticos republicanos y reformistas podían volver a levantar cabeza. Desde el aparato mismo de Estado, los Azañas y los Prieto preparaban el terreno para un entendimiento con los fascistas. De aquí no se deduce, con efectos retroactivos, que la política del PC de mantener la República durante la guerra fuera errónea. Lo único que esto muestra es algo ya sabido, el carácter de los partidos pequeño-burgueses, su función de intermediarios entre la burguesía y el proletariado, su constante vacilación, que sólo la iniciativa obrera puede neutralizar. El carácter burgués del Estado republicano, el papel de los Azaña y los Prieto, no eran la mejor carta en abstracto, pero sí, la única correcta, dada la división del proletariado, y el hecho de que la jugada saliera bien o mal no dependía tanto de esta carta, como de la fuerza real de las clases populares alrededor del proletariado, para impedir que la tendencia espontánea de los políticos republicanos hacia las concesiones o la capitulación sin más se impusiera.

Después de la caida de Cataluña, la debilidad creciente del Frente popular dejó las manos libres a los traidores. El coronel Casado de la Junta de defensa de Madrid, con el apoyo de sectores de la CNT y del PSOE, liquidó a los comunistas y entregó el Ejército de la zona centro en las manos de los franquistas.

° ° ° ° ° ° ° ° ° ° ° ° ° °
========================
° ° ° ° ° ° ° ° ° ° ° ° ° °

CONCLUSIONES.

La estrategia y la táctica del PCE durante sus 15 primeros años de existencia no son precisamente un modelo de corrección, de adecuación a la realidad de la lucha de clases. Se concretan múltiples fallos de distinto signo, desde las posiciones sectarias en los inicios de la República, hasta el electoralismo de febrero del 36. Esta inestabilidad del PC hasta el 36, por lo menos, es paralela a su débil inserción en las masas. Ambas cosas indican la falta de una orientación política clara y una deficiente línea de masas, de tal manera que las duras condiciones en las que empezó el PC a desarrollar su trabajo -Dictadura de Primo de Rivera, eficaz anticomunismo del PSOE- se convierten en obstáculos inseparables para su consolidación como vanguardia dirigente de todo el proletariado: el PCE, la clase obrera, salen derrotados en esta primera batalla con la burguesía. La falta de unn núcleo dirigente sólido y las confusas directrices del Komintern hacen el resto.

Y una derrota siempre se paga cara. El vacio político existente en las filas del proletariado lo llenan las múltliples formas de oportunismo o de primitivismo político, representadas por la CNT-FAI, el PSOE en sus dos tendencias y el POUM. Con este lastre en 1936 el PCE, recuperado ya de su "enfermedad infantil", tiene por delante una tarea inmensa, que supera sus medios teóricos, políticos y organizativos. Pese a todo, el partido es el único que define una línea mínimamente ajustada a la realidad del momento, que traduce esta línea en hechos y es el motor de los 3 años de resistencia de las clases populares a la ofensiva militar de la burguesía.

En la otra cara de la medalla, constatamos sus deficiencias de análisis, sus vacilaciones estratégicas, y las consecuencias tácticas de todo ello. Nos parece impotante, como resumen, señalar la concepción de las alianzas que el partido puso en práctica consciente o insconcientemente:

En su utlización del aparato de Estado republicano, en sus acuerdos con las direcciones de los restantes grupos con clientela obrera o pequeña burguesa, el PC olvida la línea de masas, es decir no orienta esta política de acuerdos, de compromisos, de modo que sirva para aumentar la iniciativa obrera sobre el resto de capas populares y para atraer hacia posiciones proletarias consecuentes a la gran masa que seguía a los grupos "izquiedistas"

Esta manera de concebir mecánicamente las alianzas de clase como acuerdos de partido a partido lleva a olvidar que los interlocutores reales de una alianza entre el proletariado y, por ejemplo, los campesinos o la pequeña burguesía son los sectores más radicales de estas capas y las masas obreras que las arrastran a una acción cada vez más decidida. Los acuerdos "por arriba" deben favorecer las tendencias unitarias de las masas y la iniciativa proletaria, y nunca deben substituirse a ellas; del mismo modo que el entendimiento formal con un partido pequeño burgués nunca debe substituir el trabajo directo de los comunistas entre los sectores pequeño burgueses y semiproletarios, la influencia directa del proletariado sobre parte de estas capas.

Pero la crítica de los comunistas no consiste en mezclar las tintas hasta obtener mediatintas, en poner una de cal y otra de arena, es decir "el PCE hizo esto bien, pero cometió tal equivocación", sino, en determinar, por un lado, en las condiciones de la guerra civil, cuál fue la política que dentro de las limitaciones y los errores ya apuntados, sirvió a los intereses del proletariado; y por otro, sacar el balance de esta experiencia y de los errores cometidos; aprender de esta derrota, cobrada en centenares de miles de obreros y campesinos asesinados, para acabar, en un primer momento, con la derrota, la dictadura terrorista de la burguesía.

Frente a esta orientación, algunos se dedican a montar supuestos históricos a juzgar con las hipótesis de partida de un "modelo" revolucionario democrático burgués o proletario, según se hubiera impuesto la oposición de lo que querían "hacer la guerra" o de los que preferían "hacer la revolución"; a repartir premios entre unos y otros: premio a la organización y a la disciplina para el PCE, accésit a la pureza revolucionaria, a la táctica proletaria consecuente para el POUM, o viceversa, mención honorifica al espíritu revolucionario del PSOE de Largo Caballero o de la CNT.

Una segunda variante de este tipo de análisis, a veces combinada con la primera, consiste en cargar el muerto de la derrota al llamado "stanilismo", al chivo expiatorio, posterior al XX congreso del PCUS, para unos, y para otros, a la muerte de Lenín. Sin duda, las cosas ya no iban por buen camino en la URSS del II Plan quinquenal; sin duda, también las orientaciones que el Komintern dió al PCE, como ya hemos visto en este cuaderno, no eran un módelo de táctica comunista, pero nada de esto excluye que la responsabilidad de lo que se hizo corresponda al PCE. Y, a modo de contra ejemplo, pongamos el caso del PC chino, que por aquellos mismos años llevó adelante su política de Frente unido nacional antijaponés, bajo la orientación del Komintern y a pesar de ella, a pesar de algunas de sus directrices concretas sobre la cuestión de la autonomía del proletariado en el Frente unido en los terrenos político y militar.

Es por esta razón que nosotros asumimos la historia del movimiento comunista en España durante estos años, como nuestro propio pasado, y no, como la historía de lejanas razones de Estado, de una traición a escala mundial de los intereses del proletariado.

Quizás nos dejariamos algo, si no hablaramos de aquellos que, dentro de esta última tendencia caracterizada por atribuir al principio del Mal a Stalin, comprenden la lucha de clases con la predestinación de las almas. Es decir, que explican el presente como la consecuencia fatal del pasado. Nos estamos refiriendo, claro está, a los herederos legales o bastardos de Trotski, para quienes la transformación del PCE en partido revisionista de nuevo tipo es algo que ya está contenido en la acción del PCE durante la guerra, sólo faltaba que el tiempo transcurriera para que el revisionismo saliera a la luz. Pero la madre del cordero, añadirían los anarco-trotskistas más o menos sindicalistas que aún pulullan tampoco está ahí, sino en el mismo tipo de partido leninista que hizo posible la represión de Kronstadt, los crímenes de Stalin y la liquidación del POUM.

!He aquí como en 1.903, en que se constituye la organización de los bolcheviques, está condensada toda la historía de los crimenes que la revisión de Marx por Lenin ha hecho posibles!

Dejando de lado las aberraciones, es posible, sin embargo, que para muchos militantes revolucionarios la pregunta: ¿Eran ya los errores del PCE en la guerra un anticipo del futuro? no tenga como respuesta un no contundente.

Sin duda, a esta confusión no es ajena la recuperación del pasado por el actual PCE, el modo hábil en que sus dirigentes se afanan por explicarnos lo que ocurrió en aquellos años de manera que cuadren todas las cuentas y el saldo sea neto.....

Razón de más por insistir en la distancia que hay entre uno y otro PC, el del Frente popular y el del "pacto para la libertad" o para poner otro tipo de ejemplo, entre un jurado de empresa luchador, pero, con vicios de lider, y otro jurado que hace méritos para ganarse la confianza del patrón.

Aquí vemos como una línea política parecida en apariencia a la que tiene el P.C. desde la postguerra hasta hoy no refleja en absoluto el mismo tipo de error en un caso y en el otro, o aún más, en los años 40 y 50 y en la actualidad.

Durante la guerra la relación de fuerzas de clase y la extensión de las alianzas tácticas y estratégicas del proletariado que se desprenden del análisis del PCE corresponden en lo principal a la realidad; y su mayor error consiste en no ver en la práctica la manera de modificar esta relación de fuerzas, de aumentar el peso de la clase obrera dentro del campo antifascista, al ser incapaz de mantener o crear las organizaciones de masas que habrían permitido realizar esta hegemonía proletaria. Es decir, el PC basa su trabajo sobre todo en la política de acuerdos "por arriba" y no garantiza a partir de ellos la autonomía del proletariado.

En este caso, un error que no está tanto en lo que hizo el partido, como en lo que no hizo, nos indica una desviacción derechista en su línea, un cierto oportunismo de derecha. El PC fué incapaz de aplicar hasta el final su línea proletaria; no tuvo la capacidad y la audacia suficientes para arrancar la mayoría de la clase obrera del dominio de una política y una ideología no proletarias- CNT-FAI, PSOE, POUM -.

En cuanto a los "errores" actuales, no se trata ya de algunas deficiencias, sino de una línea general que no tiene nada que ver con la realidad de la España franquista de hoy, y que, por lo tanto, objetivamente sólo puede dar lugar a unas opciones políticas al margen de los intereses generales del proletariado (ver Bandera Roja nº 14, El revisionismo en España). Esto ya no se puede llamar oportunismo, sino revisionismo a secas, aunque le quede un pequeño obstáculo por superar - el franquismo o su sucedáneo - para que su papel objetivo esté del todo a la altura de sus orientaciones teóricas y políticas.

NOTAS.

Pág. nº 4 - 1ª)

Este aparente izquierdismo no es la simple tapadera de una línea política burguesa; en el fondo, es el resultado de una política que en un momento dado no está fundada en un análisis correcto de la situación de la lucha de clases, y que por lo tanto puede combinar elementos de aventurismo y de seguidismo.
El oportunismo de derecha y el de izquierda pueden aparecer, pues, mezclados en una misma orientación política por un tiempo más o menos largo. Cuanto más alejado esté el partido de los sectores más combativos del proletariado, debido, por ejemplo a una represión eficaz, más fácil es que se produzcan este tipo de desviación o que perdure. Pero ésta no es la única condición, y en nuestro caso, tanto los zigzag del Komintern, como la debilidad política de la dirección del PCE juegan un papel importante.

Pág. nº 20 - 2ª)

En el curso de la guerra civil el PC-PSUC experimentó un considerable aumento en el número de sus militantes. La mayoría de estos nuevos afiliados al partido eran gente muy joven, muchos de ellos procedentes de las Juventudes socialistas unificadas (que en julio de 1936 tenían más de 200.000 militantes). Eran minoría los nuevos afiliados procedentes de otras organizaciones políticas. Durante la guerra civil, todas las organizaciones políticas proletarias experimentaron un gran crecimiento, aunque la mayor proporción de crecimiento correspondió al PC. Esto es, los nuevos militantes del partido tenían escasa experiencia de lucha política y sindical a causa de sus edad, aunque, eso sí, una gran voluntad de lucha por lo que fueron politizándose dentro de las organizaciones del PCE. En mayo de 1937 el PCE tenía unos 250.000 militantes y a fines de 1938 más de 400.000; esto es, menos de una cuarta parte de los afiliados al partido podían considerarse veteranos con más de dos años de militancia. Por lo que respecta a la procedencia de clase de los militantes del PCE debe destacarse la gran mayoría de campesino; en mayo del 1937 el 31% eran pequeños propietarios agrícolas y el 25% jornaleros, lo que hacía que el sector agrario significase el 56%, frente a un 35% de obreros industriales y un 9% de pequeños burgueses y similares. Debe señalarse que el proletariado agrícola e industrial significaba el 60% de los militantes del partido.
De gran interés es también el crecimiento y composición del PSUC. El partido en Cataluña se constituyó el 23 de julio de 1936 por la fusión de cuatro pequeños grupos; La <u>Unió socialista de Catalunya</u>, agrupación con claras tendencias socialdemócratas y nacionalistas que había formado siempre coalicción electoral y de gobierno con la Esquerra republicana; el <u>Partit català proletari</u>, escisión obrerista de la agrupación Estat català en la que continuaban predominando las tendencias nacionalistas a ultranza y que tenía gran influencia entre los asalariados y empleados (CADCI); la <u>Federación catalana del PSOE</u>, que a partir de 1933 había iso radicalizandose y que en muchos aspectos de identificaban con la tendencia de Largo Caballero; el <u>Partit comunista de Catalunya</u> que agrupaba a los comunistas que se identificaban con el -

PCE y el KOMINTERN. En el PSUC, de este modo, aparecían clara tendencias socialdemócratas, nacionalistas y pequeño-burgueses tanto por la práctica de los grupos políticos que lo formaban como por la composición social de los mismos. De los 6.000 militantes que tenía el partido el día de su formación, los comunistas, o revolucionarios simplemente, constituían mesnos de la mitad. Un año después del PSUC contaba ya con 60.000 militantes y a finales de 1938 superaba los 90.000. Esto es, el 93% de los militantes se habían incorporado al partido en el curso del conflicto.

En lo que se refiere a la procedencia social de los militantes del PSUC las estadísticas oficiales del partido indican que el 62% eran obreros, el 20% campesinos y el 18 % pequeño burgueses. Pero debe tenerse en cuenta que se consideraba obrero, según la reglamentación laboral surgida tras el decreto de colectivizaciones de la Generalitat, a "todo indiciduo que figure en la nómina de una empresa, cualquiera que sea su concepto y tanto si realiza un trabajo intelectual como manual". De este modo los administrativos y técnicos de las industrias y los empleados de todas las empresas pasaban a ser considerados obreros. Así el 18% de pequeño burgueses se refiere unicamente a pequeños comerciantes de empresas no colectivizadas, y en el 62% de obreros se ha incluido a todo tipo de asalariados, con lo que es difícil saber el porcentaje de auténticos proletarios. Para poder tener algunos indicios sobre qué sectores sociales en realidad nutrían sus filas el PSUC debemos analizar su organización de masas, la UGT de Cataluña, ya que de ella surgieron la inmensa mayoría de sus nuevos militantes. La UGT contaba en Cataluña en julio de 1936 con unos 60.000 afiliados, frente a más de 200.000 de la CNT. Tras las leyes de sindicación obligatoria para toda la población laboral, la UGT pasó a contar con 350.000 afiliados en noviembre de 1936 y con más de 600.000 en noviembre de 1937. Pero, lo más significativo no es este enorme aumento, sino qué tipo de sindicatos controlaba. Resulta que los sindicatos verdaderamente proletarios estaban casi totalmente controlados por la CNT-FAI; así, en la ciudad de Barcelona, los anarcosindicalistas eran mayoritarios en los sindicatos de la construcción, transporte, metal, textil, madera, químico, vidrio, espectáculo y artes gráficas. Por el contrario la UGT controlaba una serie de sindicatos que agrupaban a los asalariados y empleados; enseñanza, banca y bolsa, el CADCI, alimentación, agua, gas y electrecidad, intelectuales etc. La UGT se había dedicado preferntemente a organizar a sectores no proletarios ya que los específicamete obreros estaban copados por los anarcosindicalistas. Y fue de estos sectores de donde surgieron una buena parte de los nuevos militantes del partido en Cataluña. De este modo el peso de la ideología pequeño burguesa en el PSUC no venía sólo de la anterior práctica política de los cuatro partidos que lo formaron, sino también de la clara procedencia pequeño burguesa de gran parte de sus nuevos afiliados. Este importante peso específico de la pequeña burguesía en el seno del PSUC marcó su actuación política durante la guerra civil.